

se dirige al sitio sospechoso andando sobre la punta de los zapatones; en el trayecto formula cien planes de captura: tomará al sacrilego por el cuello, le mirará a la cara, le dirá cuatro frescas y, luego, cataplún, a la calle! O, para que el correctivo resulte más eficaz, le zampará media docena de mojicones en la crisma, que bien merecidos se los tiene quien así viola el sagrado recinto. O, si no, levantará al audaz en vilo, y zas, de cabeza en la pila... Mas he aquí que en llegando al punto, todos los planes del buen párroco se desvanecen, los desvanece la mirada candorosa y dulce de Pascuala, la linda muchachita de cinco años, la primorosa Pascualina que invita al señor cura a bajar la más hermosa y la más alta de todas las rosas del jardín.

El Padre Apolonio, el solícito jardinero, el celoso vengador de la Virgen, se siente que no puede resistir; sin saber por qué, sin

adivinar la causa, obedece como un niño: baja la rama, desprende la flor y la coloca en el delantal de la pequeña.

Muy regocijada, la bella ladronzuela hace ademán de marcharse, toma por una de las avenidas y se dirige hacia la puerta.

El buen párroco reflexiona y siente escrúpulos: aquella rosa pertenece a la Virgen y él es quien debe recobrarla. Reflexiona más y se le ocurren procedimientos; por ejemplo, entrará en arreglos con aquel diablillo, le dará una moneda en cambio, eso es, eso es,

Ahora, el Padre Apolonio se encuentra muy asombrado. «Es extraño, exclama, una miniatura que me deja plantado con mi moneda y se larga llevando en triunfo una simple rosa cargada de rocío. No comprendo, es extraño... »

Efectivamente, el pobre hombre no comprendía.

## Los castrados

Al pie de la cuesta pedregosa, junto al río oleoso y tranquilo se alza, en siniestro conjunto, la gran fábrica de cervezas como una mole de esfuerzo.

En el interior las ruedas cantan con muy variado acento y los émbolos rugen en furioso vaivén sin cansarse nunca. En la parte posterior del edificio, el manso río que lame los muros se desliza arrastrando residuos y podredumbres. Al verle tan tranquilo se diría que medita con pensamientos oleosos acerca de tan triste condición. Igual efecto hace en el observador la contemplación del inmenso buey que rumia su quebranto en un rincón de la fábrica en medio de barriles,

de fardos y de mozos de labor. Le llaman *El Sardo* y su fatiga cotidiana consiste en poner la cabeza a la yunta de caballos cuando éstos, cuesta arriba, van tirando del pesado carro cargado con productos de la fábrica. Entonces *El Sardo* une su esfuerzo al de los caballos y una vez vencida la jornada regresa hasta el bajo para ayudar de nuevo a la otra yunta que se prepara al ascenso. Tal es la condición del pobre, del manso buey: unir su esfuerzo poderoso al de los otros esclavos en la cuesta pedregosa de su destino, unirse a ellos en la servidumbre, nunca en la rebelión. He ahí la suerte de los castrados.

## Del arrabal

Acabo de presenciar una de esas frecuentes escenas que ponen de manifiesto la monstruosidad de esa bestia que se llama la civilización, en cuyas ancas cabalga el presente por encima de sollozos y podredumbre. He visto que la madre de tres niños sin padre y sin más abrigo ni amparo que un pajizo techo, de seis años el mayor, racionaba para los pequeños, a la hora de almuerzo, un puñado de plátanos, sancochados apenas, y

un poco de agua ligeramente endulzada, por todo alimento. Los tres niños devoraron ansiosamente cada uno su miserable ración y luego se amontonaron en el suelo silenciosos, muy juntitos, muy tristes. La madre contemplaba el grupo como quien contempla la única ilusión que resta, hecha pedazos por el viento del desastre y cuyos despojos se aglomeran en informe montón...

\* \* \*